

SIXTO GARCIA
REFLEXIÓN DEL EVANGELIO
MIÉRCOLES VII PASCUA: JUAN 17: 11b-19

“Las criaturas de este mundo ya no se nos presentan como una realidad meramente natural, porque el Resucitado las envuelve misteriosamente y las orienta a un destino de plenitud. Las mismas flores del campo y las aves que él contempló admirado con sus ojos humanos, ahora están llenas de su presencia luminosa” – Francisco, “Laudato Si”, 100

TEXTO

“Padre Santo, cuida en tu nombre a todos los que me has dado, para que sean uno como nosotros. Cuando estaba ya con ellos, yo cuidaba en tu nombre a los que me habías dado. He velado por ellos y ninguno se ha perdido, salvo el hijo de perdición, para que se cumplieran las Escrituras. Pero ahora voy a ti, y digo estas cosas en el mundo para que tengan en sí mismos la perfecta alegría que yo tengo.

“Yo les he dado tu palabra, pero el mundo los he odiado, porque no son del mundo. No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno. Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo. Santifícalos en la verdad; tu palabra es verdad. Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad.”

CONTEXTO

1) Hemos apuntado en Reflexiones anteriores que el Cuarto Evangelio es la más enfática revelación de la intimidad filial de Jesús con su Padre – de las 170 veces que los cuatro evangelios ponen en boca de Jesús las expresiones “mi Padre” (“ho pater mou”) o “el Padre” (“ho pater”), 101 se encuentran en el evangelio de Juan – PERO en el texto de hoy, Jesús le da una súbita y pasmosa gradación: ¡Padre Santo! El vocativo griego “pater hagio” irrumpe como una convulsión inesperada en el lenguaje de intimismo filial entre Jesús y su Padre - y esto matiza el sentido más importante del texto de hoy: santidad y misión.

2) Jesús le pide a su Padre que sea también “padre” para sus discípulos – les pide que los cuide (“tereson autous”) – Francis Moloney, Rudolf Schnackenburg y otros han observado, directa o indirectamente, que, animando esta petición de Jesús, hay una ternura que apunta – sin postular dependencia literaria - hacia atrás al “Abba” de Marcos (Marcos 14: 36) y de Pablo (Gálatas 4: 6; Romanos 8: 15)

3) A pesar de sus palabras alentadoras de Jesús, reconociendo la apertura gradual de los discípulos hacia una fe activa en él (Juan 17: 6-8), éstos permanecen frágiles, sumidos en un mundo hostil y homicida (Juan 13: 2, 10-11, 12, 18, 21-30, 36-38; 16: 29-31) - y no podrán sobrevivir en este mundo si el Padre no los cuida en nombre de Jesús.

4) El “nombre del Padre” le ha sido dado a Jesús, para que lo revele a sus discípulos y al mundo – Reiteremos la cita de Rudolf Schnackenburg que incluimos en la Reflexión de ayer: “Revelar el nombre de Dios significa hacer conocer TODO lo que se puede conocer de la realidad de Dios” - “Nombre” simboliza - comunica, como “Símbolo Real” (Karl Rahner) - el “ser” y la naturaleza misma de Dios, su santidad, justicia y amor”

5) La cita de Michael Buckley, S.J., empalma con el flujo de esta meditación: “Quién y qué cosa es Dios se revela en el evento de Jesús – Jesús es indispensable a la definición de Dios” (citando a su vez a Wolfhart Pannenberg) - y el evento de Jesús despliega su plenitud en la “hora” en la cual ya ha entrado el Hijo del Hombre – Los discípulos de Jesús son encomendados al cuidado del Padre, y en esa nueva relación entre ellos y el Padre de Jesús, son plenamente adoptados como hijos - participan de un modo nuevo en la intimidad del ser de Dios, en la vida del Paráclito prometido – Este es el equivalente joánico del tema de la adopción filial por el Espíritu Santo en Pablo (Gálatas 4: 6; Romanos 8: 15)

6) Podemos ahincar las raíces de esta unión más aún: la intimidad de los discípulos con el Padre es una participación, por la gracia del Espíritu, en la unidad esencialmente íntima entre el Padre y el Hijo (Juan 10: 30: “El Padre y yo somos uno” – cf. también Juan 5: 16-18; 6: 38) – Jesús le pide al Padre que congrege a los suyos en su nombre (“teresa autous en to onomati sou” - en el nombre del Padre), creando esa unidad análogamente íntima a la unidad entre el Padre y el Hijo.

7) Reaparece el tema de la fidelidad de Jesús a la misión de cuidar de los suyos, de no perder a ninguno de ellos (muy enfáticamente expresado en Juan 6: 38) - salvo el “hijo de perdición” – La gran mayoría de los intérpretes joánicos han leído, como parece de sentido común leer, la referencia al “hijo de perdición” como una alusión a Judas – Pero:

8) Es una identificación equivocada - Tanto la más rigurosa aplicación de los métodos histórico-críticos, como de la crítica literaria, exige interpretar un texto “en su contexto” histórico, literario, social – “Hijo de perdición” (“ho huio tes

apoleias”) debe ser interpretado según el único otro texto en el NT donde aparece: 2 Tesalonicenses 2: 3, 8-9 - ¡es Satanás. NO Judas! – El Cuarto Evangelio nunca “demoniza” a Judas - Jesús le lavó los pies y compartió el bocado de comunión con él (Juan 13: 2ss) – Aún así, Satanás entra en Judas (Juan 13: 27) - Jesús ofrece comunión a todos sus discípulos, cuida de todos ellos, le pide al Padre que cuide de todos ellos - incluyendo a Judas

10) La aseveración de Jesús “Yo les he dado tu palabra, pero el mundo los he odiado, porque no son del mundo” reverbera con los ecos de Juan 15: 18-21: Los frágiles discípulos se hallan en un mundo hostil a la persona de Jesús y al mensaje que se deriva de ella – Los discípulos no son “de este mundo” (“ek tou kosmou”) así como Jesús tampoco es “ek tou kosmou”

11) La expresión “no son – no soy – de este mundo” trae de nuevo los dos modos de significado de “kosmos,” “mundo,” del cual hemos hablado ya 3 veces ej las anteriores Reflexiones: el positivo (Juan 3: 16) y aquí, y en muchos otros textos, el negativo – pero de forma peculiar, “no ser de este mundo, en el texto de hoy, toma el sentido de “no pertenecer al “Príncipe de este mundo” - Tema ya confrontado en este Discurso (Juan 14: 30; 16:11) – se aproxima la hora (14: 30) en que llega el Príncipe de este mundo, pero los discípulos son encomendados al cuidado (“teresis,” “tereo”) del Padre.

12) Pero Jesús no quiere crear un espacio, un conventículo de protección de la hostilidad del mundo para los suyos - Sus discípulos no están llamados a constituir una secta de “puros” y “perfectos,” protegidos del mundo - En ese mundo hostil, que ya ha manifestado su furia homicida contra Jesús (Juan 11: 49-50, 57; 12: 9.11), van a permanecer los frágiles – y todavía débiles – discípulos del Hijo del Hombre.

13) Aquí llegamos a las entrañas mismas del texto de hoy: Santidad y misión.

a) “Santificalos en la verdad; tu palabra es verdad” - Así como la intimidad de Jesús con su Padre define su santidad, así la nueva, recién-constituida intimidad de los discípulos con el Padre, por medio de su intimidad con Jesús, va a definir su santidad - Es la comunión personal con Jesús, que los ha encomendado al Padre, la que se define como fuente de santidad.

b) “Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad.” – Aquí tenemos el majestuoso e infinitamente amplio

panorama de la Historia de la Salvación - Yves Congar, O.P., nos ha señalado este flujo: la misión de los discípulos fluye, como un río de su manantial, de la misión que el Padre le ha encomendado al Hijo: Revelar su nombre – que significa sencillamente, en categorías exegéticas, revelar la realidad más íntima de Dios, poder atisbar en el abismo insondable de un Misterio que se revela solamente como Amor (1 Juan 4: 8, 16)

c) Pero, lo curioso - y lo clave – es que Jesús persiste, con dulce tozudez, en vincular la santidad con la misión - Santidad y misión son inseparables – O, para decirlo con más precisión: la santidad es misión, el santo es, por naturaleza (“naturaliter,” en la obsesivamente usada expresión de Tomás de Aquino) misionero.

¿QUÉ NOS DICE TODO ESTO A NOSOTROS, HOY?

1) Por un lado, la santidad es “en el fondo, vivir en unión con él (Jesús) los misterios de su vida” – como hemos citado en 3 Reflexiones anteriores (Francisco, “GE 20) – Por el otro, el santo es misionero por naturaleza (Francisco, “Evangelii Gaudium,” 120.

2) El discípulo misionero, llamado a ser santificado por el Padre de Jesús, no puede refugiarse en ninguna consolación escapista de ser “sacado del mundo” por el mismo Jesús que lo envía, en el nombre del Padre – Reverberan las palabras de Francisco en “Evangelii Gaudium,” 49: “Prefiero una Iglesia accidentada, herida, manchada por salir a la calle, a una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a sus propias seguridades” - Enferma por la ignorancia, la mediocridad, el miedo de un mundo hostil y homicida - ¡Como el mundo de los discípulos originales de Jesús!

3) La Iglesia, hoy en día, es lo que ha sido siempre: una “casta meretrix” – “una casta prostituta” (Yves Congar, citando a los Padres de los siglos III y IV: Orígenes de Alejandría, Gregorio Nazianceno, Juan Crisóstomo) – Por un lado, es la Iglesia en cuyos mártires y profetas sigue y seguirá siendo la “voz de los que no tienen voz”, de los amados preferencialmente por Jesús – Por el otro, es la Iglesia cuyos pastores y ministros con frecuencia venden su alma a los ídolos del dinero, el poder, la arrogancia autocrática – La Iglesia, comprometida con un “mundo nuevo” (2 Corintios 5: 17), pero a veces plegada a las seducciones del “mundo” que Jesús viene a confrontar.

3) El “mundo,” como hemos dicho, tiene dos niveles de sentido en el Cuarto Evangelio: el nivel positivo (Juan 3: 16), y el negativo (Juan 14: 27; el texto de

hoy, y múltiples otros) – Pero, como acontece en el caso de la tensión escatológica en Juan, entre el “aquí y ahora” (en Jesús, ha llegado la plenitud del Padre) y el “no todavía” (la plenitud del Reino del Padre es un proceso histórico), podemos decir que la relación entre el sentido “positivo” y el sentido “negativo” de “kosmos,” “mundo,” en Juan, exige una cuidadosa reflexión teológica . . .

4) El “mundo” que Dios ha amado tanto, que Dios pronuncia como “bueno” en los albores de la Creación (Génesis 1: 10, 12, 18, 21, 25, 31) Juan 3: 16) es el mismo mundo invadido por el “Príncipe de este mundo” – ¡Es, inmerso hasta el cuello en este espacio de hostilidad y rechazo, que el discípulo misionero, enviado por Jesús con la misma autoridad con que el Padre lo envió (Juan 17: 18), está emplazado a comprometer su vida!

5) Y he aquí una dimensión palpitantemente clave del envío del Padre y de Jesús - La ecuación teológica-literaria “como el Padre . . . así yo” ocurre en dos momentos claves del Discurso: “Como el Padre me ha amado, así los he amado yo a ustedes” (Juan 15: 9) y en el texto de hoy: “Como tú (el Padre) me has enviado al mundo, así yo los he enviado al mundo” – El envío en misión fluye, como un río de su manantial, del amor trinitario, insondable, apasionado, del Padre por su Hijo, amor que “exhala” el Espíritu de verdad.

6) La misión del discípulo misionero es una misión, como Francisco ha apuntado en el texto de EG citado arriba, de heridas, accidentes, manchas – Recordemos que:

a) Tanto en cuanto la Iglesia sea fiel a su misión de testimoniar y proclamar la “hora” de Jesús, su Pascua, su Verdad, será siempre una Iglesia peregrina, en Diáspora, una Iglesia en exilio (Karl Rahner)

b) El compromiso del discípulo enviado por el Enviado de Padre, tanto en cuanto sea fiel a la misión encomendada de testimoniar y proclamar, a viva voz, la justicia, la compasión, la misericordia del Evangelio de Jesús – del Evangelio que ES Jesús – será causa de persecuciones (GE 92, 94) - ¡Más fácil sería “quedarnos en la orilla”! (GE 130)

7) Francisco nos cita a Juan Pablo II: “Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que el mismo ha querido identificarse” – El texto de Mateo 25: 35-36 “no es una simple invitación a la caridad: es una página de Cristología, que ilumina el Misterio de Cristo” Añade Francisco: “En esta llamado a reconocerlo en

los pobres y sufrientes se revela el mismo corazón de Cristo” (GE 96) - ¡El corazón de Jesús, el corazón del Padre, en cuyo nombre somos congregados y enviados!